

áun bajo el pabellon enemigo; 4.º, los bloqueos no son obligatorios sino mientras son efectivos.» Esta proposicion fué adoptada en la sesion del 16 de Abril, siendo más tarde aceptada por la mayor parte de las potencias, excepto por los Estados-Unidos.

De esta suerte habia el Congreso hecho pasar al derecho de gentes lo que Inglaterra y Francia habian puesto en práctica durante la última guerra; esto constituia un verdadero progreso, pero no asimismo la especie de jurisdiccion que el Congreso se atribuyó sobre ciertas potencias que en él no habian tenido representacion. Así se ocupó de la situacion del reino de Nápoles y de los Estados pontificios; el conde de Cavour descubrió desde entonces las miras secretas del Piamonte, pidiendo se alejara á las tropas austriacas de las Legaciones, insinuando que éstas debian estar sujetas á otro régimen diferente del resto de los Estados pontificios, y proponiendo la secularizacion de dichos Estados; secularizacion que daria por resultado la destruccion de la soberania temporal de los papas. La guerra de Italia y los sucesos que despues tuvieron lugar, probaron que el Piamonte pensaba nada ménos que en apoderarse de las Legaciones y hasta de toda la Italia. La sesion del 8 de Abril, en que se trataron estas cuestiones, excitó las más vivas aprensiones en los católicos cuando fueron conocidos los protocolos, aprensiones que, por desgracia, eran sobradamente fundadas.

La cuestion de los principados danubianos, reservada por el Congreso de París, fué resuelta en los años siguientes. De resultas de largas conferencias celebradas en París, las grandes potencias firmaron un convenio (19 de Agosto de 1858), estipulando que la Moldavia y la Valaquia formarian dos Estados distintos, si bien teniendo una legislacion comun é instituciones parecidas, bajo la soberanía de la Puerta, de suerte que hubiera dos *hospodares* y un gran Consejo comun á los dos principados, que aseguraria la union de los mismos. Los principios de 1789 servian de base á las instituciones. La Francia hubiera deseado una union más íntima y un solo jefe; pero el Austria se opuso á ello, si bien las poblaciones de ambos Estados establecieron de hecho la union deseada por Fran-

cia, eligiendo al mismo hospodar, esto es, al coronel Couza, que tomó el título de príncipe Alejandro-Juan I. Esta doble eleccion asustó á la Puerta, la cual protestó contra ella, y se arregló la dificultad dediciendo que la eleccion actual no tendria más que un carácter transitorio y que no podria formar precedente alguno (6 de Setiembre de 1859).

La Puerta, á peticion de las potencias, llegó todavía más lejos en 1861; un firman permitió el establecimiento de una sola Asamblea y de un solo ministerio para los dos principados.

En 1864 el príncipe Couza, cansado de la oposicion que le hacia la Cámara legislativa, ordenó su disolucion y llamó al país por medio del sufragio universal, obteniendo en su favor una inmensa mayoría. Este golpe de Estado, aceptado por las potencias, fortaleció por un momento su autoridad y estrechó la union de los dos principados, que desde entonces no formaron más que un solo Estado, designado con el nombre de Rumanía. La Puerta cedió, porque no la quedó otro recurso, y se contentó con conservar un derecho casi ilusorio de soberanía. Cuando el gobierno arbitrario del coronel Couza fué causa de otra nueva revolucion (23 de Febrero de 1866), que le obligó á abdicar, la Puerta no pudo impedir la continuacion de la union. Un gobierno provisional decretó la disolucion de las Cámaras, y un plebiscito eligió príncipe de Rumanía al príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, simple jefe de escuadra prusiano (20 de Abril). Para frustrar las malas intenciones de las potencias y de la Puerta, el príncipe Carlos llegó repentinamente á Bucharest, fué aclamado por la poblacion y tomó en sus manos las riendas del gobierno; las potencias reconocieron despues el hecho consumado, que daba á la Prusia una nueva influencia en los asuntos de Oriente.

La guerra de Crimea habia conmovido á todo el mundo musulman y sido de rechazo causa de deplorables sucesos en Siria. Este país, nuevamente colocado en 1840 bajo la dominacion turca, no habia recobrado la paz, y merced á los esfuerzos mismos que la Puerta hacia para arruinar la semi-independencia del Líbano, se habia hecho más violento el antagonismo entre las dos razas que le habitan, los drusos musulmanes y los maronitas, en su mayor

parte cristianos. En lugar de la familia de los Chehab, que desde hacia mucho tiempo gobernaba el Líbano, la Puerta estableció dos kaimakans ó tenientes sometidos al pachá de Beyrouth, uno cristiano para los distritos exclusivamente cristianos del Norte, otro druso para los distritos en que se hallaban mezclados drusos y maronitas del Mediodía. Los turcos favorecian por otra parte á los drusos, quienes no cesaban de inquietar á los distritos cristianos con sus excursiones y correrías. En 1860 los maronitas tomaron las armas para defenderse: vencedores en muchos encuentros, gracias á la debilidad ó conveniencia de las autoridades turcas, los drusos, seguidos de beduinos, de kurdes y de otras tribus bárbaras ávidas de pillaje, atacaron á las ciudades de Hasbeya y de Pascheya situadas fuera de la montaña. El comandante Osman-Bey ofreció entonces proteccion á los habitantes cristianos de estas ciudades si renunciaban á defenderse por sí mismos y deponian las armas; pero una vez así desarmados, los abandonó á los drusos, los cuales los degollaron sin piedad (Mayo de 1860). Pronto las dos principales ciudades del Líbano maronita: Zahlé y Deir-el-Kamar, sufrieron la misma suerte (18 y 20 de Junio), sin que Kurchid-Pachá, gobernador de Beyrouth, hiciera nada para protegerles, sino que, por el contrario, llegó hasta prohibir á un joven jefe maronita, José Karam, defender á la primera, y presenció personalmente la ruina de la segunda. Cerca de ochenta pueblos fueron destruidos, cuatro mil cristianos asesinados, y veinte mil puestos en fuga cuando la poblacion de Damasco, excitada por estos acontecimientos, cayó á su vez sobre los cristianos (9 de Julio), y se entregó á la matanza durante seis dias, sin que el gobernador Ahmed-Pachá hiciera nada por impedir estas horribles escenas; perecieron seis mil cristianos, y ni uno solo se hubiera escapado, si Abd-el-Kader, ayudado por los argelinos de su guardia, no hubiera intervenido para salvarles.

La indignacion fué universal en Europa cuando se tuvo noticia de estos sucesos. La Puerta creyó haber hecho bastante con destituir á Kurchid y á Ahmed y enviar á Fuad-Pachá para restablecer el orden; empero la opinion pública pedia más, y á pesar de las malas intenciones de la Inglaterra, celosa de la in-

fluencia de Francia, un convenio firmado el 3 de Agosto entre las grandes potencias y la Turquía, envió á Siria un cuerpo de ocupacion, compuesto en su mitad de soldados franceses, á las órdenes del general Beaufort-d'Hautpoul. La presencia de los franceses, que desembarcaron el 16 de Agosto, restableció el orden en muy poco tiempo. Los principales culpables fueron arrestados, los jefes drusos condenados á muerte, y los funcionarios turcos á cadena perpetua. La proteccion que Inglaterra no se avergonzó de dispensar á los asesinos, impidió la ejecución de los condenados á muerte, é hizo cambiar la segunda pena en cinco años de destierro. La Puerta, sostenida por Inglaterra, se burló de Europa en todo lo demas: en lugar de 30 millones de indemnizacion que habian sido señalados á los maronitas, consiguió no tener que pagar más que quince; obligada á consentir en que no hubiera más que un kaimakan para toda la Montaña, obtuvo que este kaimakan no sería druso ni maronita, rechazó á José Karam, que inspiraba completa confianza á los cristianos, é hizo nombrar un gobernador, Daoud-Pachá, que la era enteramente adicto, aunque cristiano y católico de la comunidad de los armenios unidos. De esta suerte las tropas francesas tuvieron que prolongar su ocupacion hasta el 5 de Junio de 1861, á fin de asegurar á las poblaciones; hoy dia el Líbano tiene una especie de gobierno autónomo bajo la soberanía de la Puerta, si bien no todas las inquietudes y molestias han desaparecido completamente, pues los musulmanes y los drusos, viéndose apoyados por Inglaterra, celosa de la influencia que los franceses ejercen sobre los maronitas, están siempre dispuestos á renovar sus ataques, por lo cual se precisa una continua vigilancia de la Europa para impedir se repitan las sangrientas escenas de 1860.

Por fortuna, la influencia francesa se deja siempre sentir en este país. Una gran empresa, debida á la iniciativa de un francés, M. Fernando de Lesseps, y protegida por el Gobierno francés contra las malas intenciones de la Puerta, excitada continuamente por Inglaterra, ha abierto un ancho camino al comercio europeo y á la civilizacion cristiana á través del istmo de Suez, que ofrece el derrotero más directo para la India y la China. Sabido es que

Sesostris había ya pensado en unir el mar Rojo y el Mediterráneo por medio de un canal, union que se verificó en tiempo de los Sagidas, pero el canal se obstruyó muy pronto; restablecióle el emperador Adriano, los árabes le restauraron por segunda vez, pero fué totalmente abandonado á fines del siglo octavo, hasta el punto de no quedar de él ni la más pequeña señal. M. de Lesseps concibió la idea de un canal más directo desde Pelusa hasta Suez, que fué trazado en 1855 y autorizado por Mohammed-Said, virey de Egipto en 1856, poniéndose inmediatamente manos á la obra. Hoy día los trabajos están terminados; un canal de navegacion y de riego, derivado del Nilo, y que se une al gran canal, fué abierto en 1862, llegando á ser un hecho consumado la comunicacion entre los dos mares, abriendo una nueva era para el comercio y tal vez para la política. El Egipto se ha separado más de la Turquía, el extremo Oriente se ha abierto por segunda vez á la Europa, y los grandes intereses del mundo se concentrarán de nuevo en la cuenca del Mediterráneo, en donde no habian cesado de debatirse desde la antigüedad hasta el descubrimiento del pasaje por el Cabo de Buena-Esperanza.

La influencia de Austria se habia hecho preponderante en Italia desde 1849; en Módena y en Florencia reinaban archiduques austriacos; en Parma el duque Carlos III de Borbon, en Nápoles el rey Fernando II, eran aliados de cuya fidelidad no se podia dudar; sus tropas ocupaban las Legaciones, y tenia un ejército considerable en el reino lombardo-véneto. No encontraba oposicion más que en el Piamonte, que habia conservado sus instituciones constitucionales, á pesar de los desastres de 1849, y que abrigaba siempre la esperanza de tomar la revancha. Por otra parte, habia perdido una gran parte de su influencia en Europa: la Prusia le disputaba la preponderancia en Alemania; la Rusia le reprochaba el abandono en que la habia dejado durante la última guerra; la Inglaterra y la Francia hubieran querido verla tomar una parte más activa en la lucha. Así, poco á poco, la opinion se volvía contra el Austria; en Italia se la consideraba como á una enemiga, y la política piamontesa hacia recaer sobre ella la responsabilidad del absolutismo

del rey de Nápoles y todos los males verdaderos ó pretendidos de la península. Sin embargo, es preciso notar que el rey de Nápoles era demasiado celoso de su autoridad para dejarse conducir por una potencia extranjera; que el Papa introducía poco á poco en sus Estados las reformas compatibles con el carácter de su soberanía y con el bien de sus pueblos; que los gobiernos de Toscana, de Módena y de Parma se consagraban á aumentar el bienestar de sus vasallos, y que colocando á la cabeza del reino lombardo-véneto al archiduque Maximiliano, hermano del emperador Francisco José, el Austria manifestaba la intencion de dar á sus súbditos italianos una administracion liberal.

Empero el Piamonte, cuya política dirigia el conde de Cavour, no se proponia más que un objeto: explotar en provecho suyo á todos los descontentos legítimos ó injustos de la península y se esforzaba por sublevar la opinion contra el rey de Nápoles, que contrapesaba su influencia, contra el papa, á quien deseaba arrebatar las Legaciones, y especialmente contra el Austria, á la que era más fácil hacer odiosa excitando contra ella los sentimientos de nacionalidad y de independencia. Para conseguirlo, necesitaba el apoyo de las dos grandes potencias occidentales, el cual le habia ya conseguido tomando parte en la guerra contra Rusia; la Inglaterra se complacia en ver en él un enemigo de la Santa Sede, porque el papa tenia que quejarse de más de una medida tomada contra las corporaciones religiosas, contra los privilegios del clero y contra los bienes eclesiásticos; estrechó su alianza con Francia por medio del casamiento del príncipe Napoleon, primo del emperador, con la princesa María Clotilde, hija del rey Víctor Manuel II (30 de Enero de 1859), y presentando como agresiones del Austria, amenazadoras para Francia, todas las medidas de defensa que tomaba esta potencia contra un ataque inminente de los piamonteses.

El conde de Cavour habia tenido una entrevista con el emperador Napoleon III en Plombières, en los últimos meses de 1858. Esta entrevista inquietó vivamente al Austria, que aumentó sus fuerzas en Lombardia, en donde se hallaban á las órdenes del conde Giulay; pero la severidad del conde destruía en parte los felices

resultados producidos por el espíritu conciliador del virey, el archiduque Maximiliano. Dos palabras dirigidas por Napoleon III al embajador de Austria, 1.º de Enero de 1859, anunciaron al público los sucesos que se preparaban: «Siento mucho, dijo Napoleon, que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean tan buenas como hasta aquí, pero os suplico digais al emperador que mis sentimientos personales hacia él no han cambiado en nada.» El 10 de Enero, en la apertura del parlamento de Turin, el rey Víctor Manuel dijo á su vez: «El horizonte en medio del cual se levanta el nuevo año, no está completamente sereno... Semejante situacion no está exenta de peligros, porque si respetamos los tratados, no somos por otra parte insensibles al grito de dolor que se nos dirige desde tantas partes de Italia.»

El 30 de Enero, el casamiento del príncipe Napoleon con la princesa Clotilde, debia ser la señal de una íntima alianza entre Francia y el Piamonte; entonces apareció en Paris un folleto, *Napoleon III y la Italia* (4 de Febrero), al cual se dió una importancia casi oficial y que iniciaba la idea de una confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del Papa. Siguieron despues la apertura de las Cámaras (9 de Febrero) y el discurso de la Corona, en que el emperador hablaba de sus buenas relaciones con la Rusia y con la Prusia, de los obstáculos que habia encontrado en Austria para la reconstitucion de los principados danubianos, del triste estado de Italia y de la alianza con el Piamonte. «El interés de la Francia se halla en todas partes en que hay una causa justa y civilizadora que hacer prevalecer,» decia, y despues de haber expresado la esperanza de la conservacion de la paz, terminaba así: «Cuando, sostenido por el voto y el sentimiento populares, se sube las gradas de un trono, se eleva por la más grave de las responsabilidades, por cima de la region ínfima en que se debaten los intereses vulgares, y se tiene por primeros móviles así como por primeros jueces á Dios, á su conciencia y á la posteridad.» Estas frases no eran á propósito para calmar las emociones. La diplomacia trató de prevenir la guerra que se preparaba; las potencias se unieron á la idea de un congreso propuesto por la Rusia y que tenia por

objeto: 1.º, determinar los medios de mantener la paz entre Austria y Cerdeña; 2.º, fijar las condiciones con que las tropas francesas abandonarían á Roma y las austriacas á las Legaciones; 3.º, examinar las reformas que convendría introducir en los Estados italianos; 4.º, sustituir una confederacion italiana á los tratados que existen entre el Austria y los ducados. El Austria hubiera tal vez aceptado estas bases, si no hubiera temido que la confederacion fuera para ella la pérdida de sus posesiones de Italia; prolongó las negociaciones, pidió seguridades y rechazó la proposicion que se le hacia de un desarme general (21 de Abril). Esto era rechazar el congreso. Al mismo tiempo hizo llevar á Turin (22 de Abril) un ultimatum exigiendo el desarme de la Cerdeña en el plazo de tres días, y declarando que en caso de negativa, atravesaría el Tesino. El conde de Cavour contestó á este ultimatum con un proyecto de ley que conferia á Víctor-Manuel la dictadura en caso de guerra contra el Austria, y el gobierno francés hizo saber al de Viena que consideraría el paso del Tesino por las tropas austriacas como una declaracion de guerra.

El general Giulay pasó, en efecto, el Tesino el 29 de Abril é invadió la provincia de Novara, que los piamonteses no podian defender. Napoleon III declaró inmediatamente (3 de Mayo) que la Francia estaba en guerra con Austria, que en lo sucesivo la Italia sería libre hasta el Adriático, y que él mismo iba á ponerse á la cabeza del ejército para dirigir las operaciones de la campaña. Por otra parte, deseaba fortalecer la opinion que temia ver emprender una guerra revolucionaria, y los católicos conmovidos por los peligros que podia correr la independencia y la soberania del Papa. «El objeto de esta guerra, dijo, es el de volver á la Italia á sí misma y no hacerla cambiar de señores, y nosotros tendremos en nuestras fronteras á un pueblo amigo que nos deberá su independencia. No vamos á Italia para fomentar el desorden ni sacudir el poder del Santo Padre, á quien hemos repuesto en su trono, sino para sustraerle de esta presion extranjera que pesa sobre toda la península y contribuir á fundar en ella el orden sobre los intereses legítimos satisfechos.»

El ministro de Cultos, M. Rouland, comentó

estas palabras en una carta á los obispos: «Importa ilustrar al clero acerca de las consecuencias de una lucha que ha llegado á ser inevitable... Así lo ha creído el emperador ante Dios, y su sabiduría, su energía y su lealtad, bien conocidas, no faltaron en nada ni á la religion ni al país. El príncipe, que ha dado á la religion tantos testimonios de deferencia y de adhesion, que, despues de los malos dias de 1848, ha conducido al Santo Padre al Vaticano, es el más firme sosten de la unidad católica y quiere que el jefe de la Iglesia sea respetado en todos sus derechos de soberano temporal. El príncipe, que ha salvado á la Francia de la invasion del espíritu demagógico, no podría aceptar ni sus doctrinas ni su dominacion en Italia.»

El emperador salió de París el dia 11 de Mayo, dejando la regencia á la emperatriz, y el 14 establecia su cuartel general en Alejandria. Las tropas francesas habian sido trasladadas al teatro de la guerra por Susa y por Génova con una prodigiosa rapidez. Cuatro cuerpos de ejército, mandados por los generales Baraguay-d'Hilliers, Mac-Mahon, Canrobert y Niel, operaban á las órdenes del emperador; el príncipe Napoleon organizaba otro cuerpo de ejército en la Toscana, que acababa de destruir al gran duque (27 de Abril). El ejército piemontés tenia á su cabeza al rey Víctor Manuel, y el aventurero Garibaldi capitaneaba un cuerpo de voluntarios que debía operar á cierta distancia de los ejércitos regulares.

La vacilacion de los austriacos les habia hecho perder la ocasion de apoderarse de Turin, pero desde la llegada de los franceses todo cambió de aspecto. El general Torey inauguró brillantemente la campaña derrotando en Montebello, con su division, á dos divisiones austriacas mandadas por el mariscal de campo Stadion (20 de Mayo). Dos dias despues los piemonteses triunfaban en Palestro, merced al apoyo que les daban los franceses, y el ejército francés, que habia hábilmente ocultado su marcha al mariscal Giulay, llegaba á las orillas del Tesino. Giulay no pudo llegar á tiempo para disputarle el paso de este río, y sólo solamente interponer sus tropas entre el ejército francés y Milan, á fin de cubrir á esta plaza; en lo sucesivo el ejército austriaco tuvo que estar á la defensiva, el Piamonte quedó libre y

la guerra fué llevada á territorio enemigo.

El paso del Tesino se efectuó el 2 de Junio; el general Mac-Mahon atravesó el riachuelo por Turbigo, mientras que el emperador lo hacia por el puente de San Martino, que los austriacos no habian tenido tiempo de destruir. Mac-Mahon debía dirigirse á Magenta, pueblo á una legua del Tesino; mientras se adelantaba, el emperador trabó con algunos millares de hombres un combate encarnizado contra un enemigo diez veces superior en número; la lucha era desigual, cuando Mac-Mahon, rechazando á los austriacos, se presentó en el campo de batalla y decidió la victoria (4 de Junio). El enemigo tuvo 20.000 hombres fuera de combate y dejaba 7.000 prisioneros; los franceses perdieron 4.000 hombres entre muertos y heridos y á los generales Clerc y Espinasse; los granaderos, los cazadores y los zuavos de la guardia imperial hicieron prodigios de valor. Esta victoria dejó abierto el camino de Milan, en donde Napoleon III y Víctor Manuel entraron el 8 de Junio, en el mismo dia en que el general Baraguay-d'Hilliers derrotaba una vez más á los austriacos en Meleguano ó Marignan, nombre ya célebre en los anales militares de Francia.

Entonces apareció una proclama de Napoleon III á los italianos, de la cual algunas frases excitaban ciertas esperanzas en el ánimo de los revolucionarios y temores en los conservadores: «No vengo aquí, decia el emperador, con un sistema preconcebido para despojar á los soberanos ni para imponeros mi voluntad. Mi ejército no se ocupará más que de dos cosas: combatir á vuestros enemigos y mantener el orden en el interior, sin permitir ningun obstáculo á la libre manifestacion de vuestros deseos legítimos. La Providencia favorece algunas veces á los pueblos como á los individuos, dándoles ocasion de ensancharse repentinamente, si bien con la condicion de que sepan aprovecharse de ella: aprovechaos, pues, de la fortuna que se os presenta.»

Los austriacos perdieron la línea del Tesino y no tardaron en abandonar primeramente la del Adda y despues las del Oglio y del Chiese, hasta que, por fin, atravesaron el Mincio, dejando á toda la Lombardia en poder del ejército francés. Al mismo tiempo habian evacuado los

ducados de Parma y de Módena; la duquesa de Parma, regente en nombre de su joven hijo, se retiró á Suiza, y el duque de Módena se trasladó con su ejército, que continuaba siéndole fiel, á las filas de los austriacos. Estos evacuaron además á Bolonia, y su retirada entregó las Romañas á la revolucion, que estableció un gobierno provisional en las Legaciones: primer acto que atacaba á la soberanía de la Santa Sede cuya neutralidad habia sido reconocida. Pio IX protestó solemnemente contra esta revolucion, y su primer ministro, el cardenal Antonelli, dejó ver claramente la mano del Piamonte en todo lo que estaba sucediendo.

Sin embargo, los austriacos no habian abandonado la partida. El emperador Francisco José habia con su presencia reanimado el valor de sus tropas y las habia hecho volver á pasar el Mincio. El 24 de Junio 220.000 austriacos, atrincheros en las alturas de Solferino y de Cavriana y que ocupaban un espacio de cerca de cinco leguas, desde Pozzolengo y San Martino hasta Cavriana, Medola y Guidizzolo, detuvieron repentinamente en su marcha al ejército francés. Trabóse una sangrienta batalla que duró diez y seis horas sin que la victoria se inclinara á ningun lado; siete veces los piemonteses perdieron y recobraron el pueblo de San Martino; las alturas de Solferino no pudieron ser tomadas sino á costa de heróicos esfuerzos; los generales Niel, Baraguay-d'Hilliers y el mariscal Mac-Mahon obtuvieron prodigios de sus soldados, y el emperador permaneció durante todo el tiempo en el campo de batalla, exponiéndose á los mayores peligros por animar á sus tropas. Finalmente, los austriacos se vieron precisados á ceder; sobrevino una violenta tempestad que favoreció su retirada y se reunieron al otro lado del Mincio. Los franceses perdieron 18.000 hombres y los austriacos un número más crecido, dejando en poder del vencedor cuatro banderas, 30 cañones y 6.000 prisioneros. La batalla de Solferino recordaba las grandes batallas del primer imperio y condujo al ejército francés hasta el Cuadrilátero, en donde Austria poseia las plazas fuertes de Mantua, de Verona y de Peschiera.

La Italia era presa de la más viva agitacion, y la Alemania, asustada de las victorias del ejército francés, se preparaba á socorrer al Austria;

los grandes calores fatigaban en extremo á las tropas francesas, y era de temer que las fortalezas del Cuadrilátero no podrian conquistarse sino á costa de grandes sacrificios. Napoleon III, abrazando con una sola mirada toda la situacion, creyó conveniente no comprometer las ventajas ya obtenidas tratando de llevarlas más lejos, y propuso una entrevista á Francisco José, que la aceptó. Los dos emperadores se vieron en una casa de Villafranca y firmaron la paz bajo las bases preliminares siguientes: confederacion italiana bajo la presidencia honoraria del Papa; el emperador de Austria cede sus derechos sobre la Lombardia al emperador de los franceses, el cual los traspasa al rey de Cerdeña; el emperador de Austria conserva el Véneto, si bien forma parte integrante de la confederacion italiana; amnistía general (11 de Julio). Los plenipotenciarios de Austria, de Francia y del Piamonte se reunieron poco despues en la ciudad de Zurich, en Suiza (16 de Octubre, 10 de Noviembre).

El tratado de Zurich, firmado el 10 de Noviembre, confirmaba los preliminares de Villafranca, daba la Lombardia al Piamonte, si bien dejando al Austria el Cuadrilátero. Dos artículos, el 19 y el 20, arreglaban la posicion de los soberanos italianos arrojados de sus Estados y se ocupaban de la situacion de la Santa Sede.—«Artículo 19. Las circunscripciones territoriales de los Estados independientes de Italia, que no habian tomado parte en la última guerra, no podian ser cambiadas sino con el concurso de las potencias que han presidido su formacion y reconocido su existencia, por lo cual los derechos del gran duque de Toscana, del duque de Módena y del duque de Parma, se reservan expresamente entre las altas partes contratantes.—Artículo 20. Deseando ver asegurada la tranquilidad de los Estados de la Iglesia y el poder del Santo Padre, convencidos de que de ningun modo se conseguiria más eficazmente este objeto que con la adopcion de un sistema apropiado á las necesidades de las poblaciones y conforme á las generosas intenciones ya conocidas del Soberano Pontífice, S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de Austria unirán sus esfuerzos para obtener de Su Santidad que la necesidad de introducir en la administracion de sus Estados las reformas